

LAS PRIMERAS OLIMPIADAS MATEMÁTICAS. UNA PERSPECTIVA PERSONAL

Salvador Barberà, Universitat Autònoma de Barcelona y Barcelona GSE.

30/9/2013

Estoy enormemente agradecido a la Sociedad Matemática Española, por la oportunidad de dirigirme a Vds. durante esta celebración. Y también al Rector de la Universidad de Barcelona, en cuyo edificio central, aquí mismo, participé en la fase previa de la primera olimpiada matemática. Fue una sorpresa recibir la invitación a este acto, porque además de no haber ejercido profesionalmente como matemático, mi reloj se había olvidado de contar, y la realidad de que ya habían pasado cincuenta se me vino encima. Así que, en plena juventud, me pillan Vds. presentando un *paper* en los EEUU. Espero que acepten mis excusas por no estar aquí, y les agradezco la oportunidad de escribir estas líneas.

Un gran economista y amigo, Jean Jacques Laffont, me dijo un día que yo era un matemático que no sabía matemáticas. Lo habría podido interpretar como un desahucio del mundo de los economistas, pero mi natural positivo me llevó a tomarlo como un enorme cumplido, como una certificación de que, aunque desconocedor de muchas de sus áreas, y de casi todos sus teoremas, las matemáticas eran parte de mi forma de pensar y de sentir.

Y eso es lo que debieron percibir los examinadores de aquella olimpiada. Aquel año de preuniversitario había sido para mí un momento de grandes goces intelectuales, gracias a mis profesores. Jordi Sarsanedas, gran poeta, me hizo vibrar con sus lecturas de Valéry y de Gérard de Nerval, mientras que el Profesor Congost me abrió los ojos a la belleza del análisis axiomático a través de su clase sobre los naturales y Peano. Por esto, y en primer lugar, quiero destacar el papel esencial de los profesores que hacen amar a sus alumnos el conocimiento, en cualquier área, y les transmiten lo mejor que tienen. Sin profesores para los jóvenes, no habría olimpiadas matemáticas.

No sé cuántos problemas resolví en aquella fase previa, pero sí que fui seleccionado por haber acertado en un asunto de combinatoria, donde había que asignar llaves y poner cerrojos en una caja para que suficientes socios pudieran abrirla, pero no grupos menores que cierto tamaño. Por la razón que sea, este problema me pareció transparente, y parece que no lo fue para otros, así que mi solución llamó la atención y me valió un viaje a Madrid.

Muchos años después, até cabos. Me di cuenta de que aquel problema sencillo de reparto de poder se refería a aquello a lo he dedicado mi carrera como economista analítico: el estudio de mecanismos de voto desde un ángulo axiomático y estratégico. Así que, además de dar crédito a quienes educan a nuestros jóvenes, y les abren los ojos ante la belleza del saber, quiero también encomiar la tarea de quienes se preocupan de darles a las olimpiadas matemáticas este tono de frescor, de búsqueda de las capacidades naturales y de las inclinaciones de cada joven, y no sólo de valorar su entrenamiento formal.

Tras la selección vino el viaje a Madrid. Poco recuerdo del examen, pero mucho del sentido de compañerismo que se generó entre todos los participantes. Pero, sobre todo, recuerdo al Profesor Vaquer y a su esposa, que nos acompañaron y dieron a aquella experiencia un aire de familia, un tono humano que tantas veces después eché en falta una vez volcado en el seno de aquella Universidad turbulenta y no tan feliz. Así que, además de profesores que abren ojos, y de examinadores sensibles a la variedad, las olimpiadas matemáticas también requieren organizadores generosos, que aporten su esfuerzo y su humanidad a este hermoso proyecto.

Seguramente hoy todo es mayor, más profesional, más competitivo. Pero estoy seguro de que aquellos rasgos de generosidad que viví directamente hace cincuenta años, en el seno de una experiencia inesperada, y que sólo con el tiempo fui comprendiendo y valorando, siguen siendo los mismos. La dedicación de los maestros, de los organizadores, de los que descubren, miman y estimulan talentos, desde el respeto a su singularidad y se sienten gratificados por verles crecer.

Yo les agradezco a los organizadores de entonces que me dieran todo aquello, para que lo fuera digiriendo a lo largo de los años, y a los actuales por seguir en ello. Suerte y felicidades.